

Gertrudis Gómez de Avellaneda, la esfera pública y el abolicionismo: representaciones del sujeto esclavizado y la esclavitud caribeña en *Sab*

This article examines the positioning of Gertrudis Gómez de Avellaneda and her first novel, Sab, in the early nineteenth-century literary public sphere. It studies the writer's strategies to establish her work in a predominantly masculine literary field, as well as participate in one of the key debates of the period: slavery and abolition. At the same time, this essay analyzes the representation of enslaved subjects by offering a comparative reading of Sab and The History of Mary Prince, the narrative of an enslaved woman from the British Caribbean. This analysis aims to generate dialogue with recent critical readings that highlight Sab's ambiguous position toward slavery, as well as problematize the (in)visibility of slave women in both texts.

.....

Introducción

Junto a Elizabeth Hart Thwaites, Anne Hart Gilbert, Mary Prince y Mercedes Santa Cruz y Montalvo (Condesa de Merlin), Gertrudis Gómez de Avellaneda conforma una tradición de mujeres de origen caribeño que emplearon la escritura para participar en uno de los debates públicos más importantes del siglo XIX: el que se desarrolló en torno a la esclavitud y su abolición. Las cartas de las hermanas Hart, la historia de vida de la esclavizada Mary Prince, las memorias y los ensayos de la Condesa de Merlin (quien a diferencia de las otras defendía la esclavitud) y la primera novela de Gómez de Avellaneda, forman parte de la producción de un conjunto de mujeres que a través de la palabra escrita, buscaron posicionarse en la esfera pública letrada y opinar sobre asuntos de índole política.

Las estrategias que utilizaron para autorizarse en una esfera pública letrada predominantemente masculina son el tema que nos interesa, y aquí nos enfocamos particularmente en Gertrudis Gómez de Avellaneda y su reconocida novela, *Sab* (1841). En su condición de joven cubana recientemente llegada a España, ¿cómo logró posicionarse en un campo cultural metropolitano aún reacio a la presencia de mujeres? Más aún ¿cómo logró publicar una novela protagonizada por una figura abiertamente polémica, un mulato esclavo? ¿Cuáles fueron sus estrategias de autorización para legitimarse y validar su palabra frente al público lector metropolitano?

Paralelamente a esta problemática, también nos interesa examinar la representación del sujeto/a esclavizado/a mediante una lectura comparativa de *Sab* y *The History of Mary Prince*, la historia de una esclava proveniente del Caribe inglés publicada en Inglaterra en 1831—exactamente diez años antes de la publicación de *Sab*—en el auge de los debates públicos en torno a la abolición. La transcripción y la publicación del testimonio de Mary Prince se produjeron bajo el alero del abolicionista Thomas Pringle, quien buscaba publicar su narrativa no solo para conseguir la liberación de Prince sino también para promover los intereses políticos de la Sociedad anti-esclavista. Así, en calidad del representante de Prince ante el público metropolitano, Pringle editó y reconfiguró su testimonio oral—suprimiendo y ajustando lo que le parecía necesario—de acuerdo con los requisitos retóricos y morales del movimiento abolicionista metropolitano (Sharpe). En este sentido, la producción de la historia de Prince bajo la dirección del movimiento abolicionista—si bien permitió la publicación y la difusión de su *History*—también implicó que su narrativa estuviera sujeta a las intervenciones y manipulaciones editoriales de su patrón metropolitano, limitando así el control narrativo de la esclava y su capacidad para auto-representarse.

Aunque *The History of Mary Prince* no resultó en la manumisión de su protagonista, generó impacto en la esfera pública letrada, llamando la atención no solo del público lector abolicionista sino también de los pro-esclavistas: fue re-editada tres veces durante 1831 y ampliamente debatida en los medios impresos de la época. En este contexto, el análisis comparativo de *The History of Mary Prince* y *Sab* nos permitirá poner en relación dos textos de origen caribeño y del mismo período histórico que se suelen leer en forma separada por ser de diferentes zonas lingüísticas de la región. Asimismo, nos da la posibilidad

de establecer un diálogo con las lecturas críticas recientes de *Sab* que han reevaluado su impronta abolicionista y puesto de relieve su posición ambigua frente a la esclavitud (Gomariz; Girona Fibla). Al comparar la representación del sujeto/a esclavizado/a en los dos textos, buscamos ampliar y problematizar los planteamientos de esta línea crítica.

Al igual que *The History of Mary Prince*, *Sab* representa en gran medida la esfera pública caribeña del período de la plantación esclavista teorizada por Raphael Dalleo: al igual que otros textos provenientes del Caribe que criticaban la trata de esclavos y la esclavitud, fue publicada en la metrópolis y prohibida en las Antillas por ser catalogada como abolicionista¹. A diferencia de *The History of Mary Prince*, sin embargo, la participación y el papel del patrocinio literario—un elemento clave en la autorización de narrativas de esclavos en la metrópolis y un aspecto central en la tesis de Dalleo—son más difusos en la elaboración de *Sab*, un tema que desarrollaremos más adelante.

La primera novela de Gómez de Avellaneda transcurre en Cuba en la hacienda de Don Carlos a principios del siglo XIX y sigue de cerca la experiencia emocional de Sab, un esclavo desesperadamente enamorado de la hija de su patrón, Carlota. Pero por las brechas de clase, casta y raza, su amor jamás podrá ser correspondido, generando un conflicto interno que Sab no logra superar, y que resulta finalmente en su muerte. Aunque algunas de las primeras lecturas de *Sab* la interpretaron como una simple novela sentimental, otras la catalogaron muy tempranamente como una novela antiesclavista por contener “doctrinas subversivas del sistema de Esclavitud”, según las mismas autoridades coloniales que la prohibieron en Cuba (Kelly 306). Edith L. Kelly especula que lo que le habría chocado al censor de la administración colonial cubana sería el reconocimiento de los derechos espirituales de un esclavo y su superioridad frente a su rival blanco, Enrique Otway, el novio de Carlota (308). Doris Sommer, por su parte, explica que *Sab* se leyó como una novela transgresora por invertir los roles de género y raza tradicionalmente encontrados en las novelas románticas, tanto europeas como hispanoamericanas: en las novelas románticas europeas que tenían por protagonista a “un noble amante negro”, el objeto de deseo siempre era una mujer de la misma raza, es decir, esclava o libre; en el caso de las novelas hispanoamericanas, protagonizadas generalmente por criollos blancos, el objeto de deseo muchas veces era una mujer mulata, simbolizando la unión de ambos el ideal de blanqueamiento nacional (*Ficciones* 168).

Desviándose de ambas tendencias, Gómez de Avellaneda configuró una nueva combinación amorosa evidentemente escandalosa y polémica: un mulato esclavo profundamente enamorado de su ama blanca (Carlota) y una mujer blanca (Teresa) dispuesta a escaparse con Sab, un mulato esclavo. De esta manera, Sommer afirma que tanto Sab como Teresa subvierten el orden colonial establecido al proyectar sus deseos amorosos más allá de la raza y clase social que les corresponden, hecho que cobra aún más relevancia tomando en cuenta el reglamento real de 1805 que sirvió para impedir los matrimonios interraciales en las colonias hispánicas (Childs 91).

Al mismo tiempo, sin embargo, algunas lecturas críticas recientes han puesto en cuestión el grado de radicalidad de la primera novela de Gómez de Avellaneda, y en particular su impronta abolicionista (entendida como la propuesta de liberación total e inmediata de todos los esclavos). Estas lecturas destacan las ambivalencias y complejidades de un texto que, si bien da protagonismo a un mulato esclavo, sigue reproduciendo una lógica europeizante y de blanqueamiento que es más reformista que abolicionista (Guerra; Gomariz). En palabras de Girona Fibla, "Aunque en su momento pudiera ser considerada una novela abolicionista por la reconfiguración del arquetipo literario y social del esclavo, esta lectura recorta la densidad a una obra en la que la opción no pasa por el blanco o negro de un par opuesto y sin matices" (127).

En esta línea crítica, es posible identificar al menos dos ejes que ponen en tela de juicio el ímpetu abolicionista de la novela: por un lado, estudiosos como José Gomariz sostienen que la representación estereotípica de Sab como el negro dócil—cuya lealtad incondicional hacia sus amos le lleva a renunciar a cualquier actividad de rebeldía o resistencia—, refleja el alineamiento ideológico de Gómez de Avellaneda con sus coetáneos del grupo criollo reformista. Liderados por Domingo del Monte, y pertenecientes a la facción más liberal y modernizadora de la sacarocracia cubana, abogaban no por la emancipación inmediata de los esclavos—hecho que significaría la ruina económica de los terratenientes—sino más bien por su gradual reemplazo con trabajadores asalariados blancos (Gomariz 100). Aunque los criollos cubanos reformistas apoyaban el cese de la trata para reducir la africanización de la sociedad cubana y la amenaza de una rebelión como la haitiana, su ideología distaba mucho de la de los llamados radicales que abogaban por la igualdad racial entre blancos y negros.

Por otro lado, cabe destacar una línea argumentativa que afirma que la elección de un protagonista de color respondía menos a una preocupación de la autora por los esclavos cubanos, que a su interés en representar la esclavitud femenina mediante la analogía con la figura de Sab (Guerra; Williams; Pastor; Girona Fibla). Lucía Guerra, por ejemplo, hace hincapié en el cambio narrativo que ocurre al final de la novela cuando Sab proclama, ya con su propia pluma, que la condición de la mujer casada resulta peor que la del esclavo negro. Según Guerra, tal digresión sirve como una clave palimpséstica que permite decodificar el mensaje central de la novela:

Esta aparente digresión argumental fuerza a una relectura en la cual no sólo Carlota reemplaza a Sab en su rol protagónico, sino que también el ideograma abolicionista resulta ser únicamente un paradigma estratégico que nutre un ideograma feminista de mayor importancia y que, dados los valores de la época, no pudo ser elaborado de una manera más explícita. (708–09)

En forma similar, Brígida Pastor arguye que el “propósito principal de Avellaneda no fue . . . el de presentar una denuncia premeditada contra la esclavitud, sino el de afirmar su ideología feminista, estableciendo el paralelismo entre la situación de esclavitud de la raza negra y el estado de relegación de la mujer blanca en el seno de la sociedad burguesa” (88). De ahí es posible inferir que a diferencia de *The History of Mary Prince*, cuyo objetivo explícito fue incidir en los debates sobre la abolición, esta no habría sido la intención de Gómez de Avellaneda, sino más bien denunciar la subyugación de la mujer (blanca) en la sociedad patriarcal.

Todo lo anterior nos permite ofrecer dos conclusiones interrelacionadas: por una parte, si bien los estudiosos actuales han adoptado una mirada crítica hacia la novela de Gómez de Avellaneda—y muy acertada desde mi perspectiva—que revela las inconsistencias, ambivalencias y prejuicios raciales subyacentes a su obra, también es importante recalcar que la esfera pública letrada decimonónica leyó *Sab* como una novela abolicionista y anti-esclavista, fuera o no esta la intención de la autora. Desde este ángulo, y más allá de los objetivos de la escritora, es posible afirmar que su novela participó, con todos sus prejuicios raciales y europeizantes de la época, en la elaboración y circulación de discursos anti-esclavistas en España y Cuba. Esto es

particularmente evidente en la apropiación y re-publicación de *Sab* por parte de un grupo de revolucionarios exiliados en Nueva York durante la Guerra de los Diez Años, quienes convirtieron a la novela en un “arma ideológica” contra la institución esclavista que aún permanecía vigente en Cuba hasta finales del siglo XIX (Sommer, *Ficciones* 168)².

Y, por otra parte, aunque se ha puesto en cuestión el compromiso abolicionista de la autora, pareciera haber mayor consenso en torno a su compromiso feminista. El énfasis en la subyugación de la mujer en *Sab* reafirma el carácter político de la primera novela de Gómez de Avellaneda, aunque no en relación con la esclavitud, sino en relación con la opresión de la mujer (criolla blanca) dentro del sistema patriarcal. Lo que estas lecturas feministas han pasado por alto, no obstante, es el alcance de este feminismo (a quién incluye y a quién excluye) y la casi nula presencia de la figura de la mujer negra en *Sab*, una temática que Belinda Edmondson ha analizado en profundidad en relación con la literatura caribeña masculina anglófona, un tema que retomaremos más adelante.

A partir de esta perspectiva, nos interesa explorar la representación del sujeto esclavizado/a y la esclavitud en *Sab*, contrastándola a su vez con *The History of Mary Prince*. Concordando con el análisis de Gomariz y otros, esta lectura comparativa nos permite poner de relieve las ambigüedades de *Sab* con respecto a la esclavitud: si, por una parte, la novela contiene elementos antiesclavistas al reclamar la libertad de Sab y denunciar a los negreros como “traficantes de carne humana” (109), por otra parte, la caracterización del protagonista como el negro dócil y la representación de la plantación como un espacio benigno, la alinean más bien con la ideología de la elite reformista criolla. Al mismo tiempo, nos interesa analizar la representación de las mujeres negras esclavas en ambos textos, para problematizar tanto su presencia, como su ausencia. Tomando en cuenta lo anterior, a continuación presentamos una breve revisión del posicionamiento de Gómez de Avellaneda en la esfera pública letrada y las condiciones de producción de su primera novela, para luego examinar la representación del esclavo/a y la esclavitud en *Sab* y *The History of Mary Prince*.

El posicionamiento de Gómez de Avellaneda en el campo cultural cubano: crianza y educación en Puerto Príncipe

En comparación con la esclava semi-alfabeta Mary Prince, Gómez de Avellaneda accedió en forma más directa a los capitales sociales, económicos, culturales, lingüísticos y simbólicos requeridos para posicionarse en el campo cultural letrado (Bourdieu)³. La autora cubana nació en Puerto Príncipe en el seno de una familia relativamente acaudalada, de padre español y madre criolla. Su madre provenía de una antigua familia aristócrata cubana, los Arteaga y Betancourt, que se destacó porque varios de sus miembros promovieron activamente la educación de las mujeres (Davies 436). Esto sugiere que Gómez de Avellaneda creció en un ambiente que privilegiaba la educación femenina, aunque sus familiares no siempre aprobaron su afición por la lectura y la escritura.

Gómez de Avellaneda se educó en casa bajo la supervisión de varios tutores y siguiendo un currículum que incluía materias como: español, francés, inglés, matemáticas, música, dibujo y canto. Según relata ella misma en sus escritos autobiográficos, tenía poca habilidad para los números y la gramática, pero un don especial para la lengua y la poesía: “en fin, cuantos se habían encargado de mi educación, parecían convencidos de mi ineptitud para todo; y, sin embargo, yo escribía y hablaba con más corrección de lo que es común en mi país, y, no obstante mi natural desidia para aprender, tenía sed ardiente de saber, y leía mucho y pensaba mucho” (cit. en Figarola Caneda 12). No le fue posible estudiar en la Universidad de La Habana por ser mujer, pero sí pudo leer en forma ávida a los clásicos de la literatura francesa y española que se guardaban en la biblioteca familiar (Davies). Como plantea Kirkpatrick, la formación intelectual y la envergadura del conocimiento bibliográfico de Gómez de Avellaneda, irónicamente se debían a su estatus criollo y a su posicionamiento geográfico periférico:

Curiosamente, es posible que debiera su conocimiento . . . al hecho de que se educó en una familia criolla, en una ciudad provinciana de Cuba donde el trabajo de los esclavos en la casa permitía que las jovencitas se dedicaran a lo que quisieran. Su madre indulgente y su abuelo le proporcionaban a la joven Gertrudis todo lo que quería, especialmente tutores (el poeta cubano José María Heredia entre otros) y libros. . . . Una joven española de su clase, formada estrictamente para las tareas domésticas y en la observancia de los preceptos religiosos, no hubiera

tenido tiempo libre ni permiso para leer lo que Gertrudis había leído, como ella misma descubrió cuando vino a España. (132)

Por otra parte, Davies da cuenta de la intensa vida intelectual y política que se llevaba a cabo en Puerto Príncipe en el período de la juventud de Gómez de Avellaneda. En los años previos a su partida a España (1836), hubo un breve período de relativa libertad de expresión en la zona oriental de Cuba bajo el gobernador constitucionalista Lorenzo (Davies 434). En este contexto, Gómez de Avellaneda asistió a las tertulias convocadas por su familia, y es muy probable que haya tenido acceso a los periódicos y revistas provenientes de Puerto Príncipe y de la Habana, editados por miembros de la corriente liberal reformista de Domingo del Monte (Davies; Gomariz). La represión del Capitán General Tacón, sin embargo, llevó al colapso total de la libertad de expresión y de la circulación del pensamiento crítico, razón que según Davies habría motivado a Gómez de Avellaneda a apoyar la propuesta de su padrastro de mudarse a España (435). Sommer, por su parte, sugiere que la inestabilidad social y la amenaza de un nuevo alzamiento de esclavos como el haitiano habrían precipitado el traslado de la familia (*Ficciones* 168).

En España, Gómez de Avellaneda pasa primero un tiempo con la familia de su padrastro en Galicia, lugar en el cual es criticada por las mujeres locales por sus afanes intelectuales y su desinterés por las tareas domésticas. Es probable que haya comenzado a trabajar en *Sab* durante esta etapa (1836-38), en un período marcado por la emancipación de los esclavos de las colonias británicas en 1838 (Servera 46). Luego se desplaza hacia Sevilla, región natal de su padre, donde comienza a integrarse al campo literario e intelectual español. En 1840 presenta su drama *Leoncia* en la Sociedad literaria sevillana, lo que le mereció el reconocimiento de la prensa local, al mismo tiempo que publicó algunos poemas bajo el seudónimo de La Peregrina. Figarola Caneda escribe lo siguiente sobre su estadía en Sevilla y posterior traslado a Madrid:

Entre aquellas amables gentes vivió dos años, y ya con una reputación formada y lleno su espíritu de nobles esperanzas, pasó a la Corte, en 1840, patria de tantos varones ilustres y centro de las letras españolas, donde conoció las lumbreras del Parnaso y cultivó con aprovechamiento de su claro ingenio la amistad de cuanto había de más distinguido en las dos escuelas que entonces se disputaban el centro de la literatura nacional. (14)

Así, a pocos años de su arribo a España, Gómez de Avellaneda ya había cultivado una red de apoyo en la élite letrada masculina que facilitaría su ingreso al campo literario, y con ello, el acceso a las redes institucionales para publicar y circular sus escritos.

El patrocinio, la autoría literaria y las condiciones de producción y circulación de *Sab*

En su estudio sobre la genealogía paternal y el posicionamiento literario de Gómez de Avellaneda, Davies destaca cómo la autora aprovechó ingeniosamente el patrocinio metropolitano a lo largo de su carrera para establecerse en un campo literario masculino: relacionándose con figuras de poder de las altas esferas de la sociedad española, casándose con hombres ligados a la Corte y cultivando amistades con reconocidos integrantes de la elite letrada (430). En el caso particular de *Sab*, sin embargo, los datos sobre el papel del patrocinio literario en la elaboración y publicación del texto no son tan precisos. En su prefacio titulado “Dos palabras al lector”, Gómez de Avellaneda indica que la novela había sido leída por “algunas personas inteligentes que le han juzgado con benevolencia” (97), aludiendo quizás a sus compatriotas cubanos exiliados en España (Kelly). Pero a diferencia de Mary Prince y los participantes de las tertulias delmontinas como Juan Francisco Manzano, cuyas narrativas fueran marcadamente editadas y manipuladas por un patrón literario (Pringle o Del Monte), *Sab* no parece haber sido intervenida por un tercero.

En efecto, *Sab* fue publicada en la Imprenta Calle del Barco Número 26 en 1841, con el nombre real de la autora, no el seudónimo, y presuntamente varios años después de haber sido escrita⁴. Es probable que Gómez de Avellaneda haya llegado a la imprenta Calle del Barco recomendada por uno de los criollos cubanos que habían leído el manuscrito, o tal vez por algún intelectual español, tal como Juan Nicasio Gallego. Éste último, de acuerdo a Servera, “contribuye a que se le abran las puertas de par en par en el mundo de las letras” tras su llegada a Madrid en 1840 (25). Servera también hace referencia a otros escritores de “primer orden y de primera línea”: Quintana, Alberto Lista (a quien está dedicada *Sab*), Nicomedes Pastor Díaz y Juan Varela. Estas figuras sugieren la presencia de una red de padrinos que ayudaron a la

autora a consolidarse en el campo literario madrileño, aunque no queda clara su participación precisa en la publicación de *Sab* (Servera 25).

La circulación inicial de la novela fue obstaculizada tanto en España como en Cuba. Con respecto a la primera edición que se publicó en Madrid, contamos con la siguiente información: “[s]e publicó en Madrid, en 1841; pero la corta edición que se hizo fué, en su mayor parte, secuestrada y retirada de la circulación por los mismos parientes de la autora, a causa de las ideas abolicionistas que encierra” (Edición de *Sab* de El Museo 1883, cit. en Figarola Caneda 77). En Cuba, por su parte, la obra fue retenida en la Real Aduana y posteriormente censurada por las autoridades coloniales cuando su hermano Manuel intentó ingresar en 1844 con copias de *Sab* y *Dos mujeres*, la segunda novela de la autora. Según el legajo oficial, “[*Sab* y *Dos mujeres*] no pueden introducirse, pr. contener la primera doctrinas Subercivas [sic] del Sistema de esclavitud de esta Ysla, y contrarias a la moral y buenas costumbres” (cit. en Kelly 306). Los ejemplares fueron devueltos a España, embarcándose hacia Cádiz en 1845. La prohibición de *Sab* coincidió con un período particularmente represivo en la historia colonial de Cuba: una serie de sublevaciones que culminó con La Conspiración de la Escalera de 1843 y las represalias feroces de las autoridades coloniales, incluyendo el fusilamiento del poeta mulato Gabriel de la Concepción Valdés (seudónimo Plácido), entre muchas otras personas.

Unos veinticinco años después, Gómez de Avellaneda tomó la decisión de excluir *Sab*, *Dos mujeres* y *Guatimozin*—las obras de “mayor contenido social” según Servera (40)—de sus *Obras literarias* (1869-71), compilación que se presentó como el corpus completo de la autora. Los estudiosos han dado las siguientes razones para explicar su exclusión: por la influencia de los curas jesuitas que le aconsejaban no incluir tales obras (Aurelia Castillo, cit. en Figarola Caneda 77); por su gradual conformismo con la sociedad dominante (Pastor 44); y con el propósito de que sus *Obras literarias* pudieran ser admitidas en Cuba, pues de lo contrario hubieran sido censuradas de nuevo (El Museo, cit. en Figarola Caneda 77). La exclusión de *Sab* por parte de la autora coincidió, sin embargo, con su primera re-edición en 1871, impulsada por el movimiento independentista cubano exiliado en Nueva York, quienes se apropiaron de su novela por su presunto contenido abolicionista.

Aquí conviene detenernos brevemente en el prefacio “Dos palabras al lector”, pues constituye la clave para comprender las estrategias

de autorización empleadas por la autora. Indudablemente consciente del escándalo y el repudio que podría causar un libro de carácter político escrito por una mujer, Gómez de Avellaneda despliega una serie de recursos retóricos para bajarle el perfil a su "novelita". Por una parte, engañosamente reproduce el discurso dominante al inscribir su novela dentro de la esfera privada de la domesticidad: "Por distraerme de momentos de ocio y melancolía han sido escritas estas páginas: La autora no tenía entonces la intención de someterlas al terrible tribunal del público" (97). Así, reafirma frente al público lector masculino el carácter trivial e insignificante de su novelita, al mismo tiempo que niega completamente el carácter público y político de *Sab*. Esto contrasta, por cierto, con la evidente voz narrativa autorial empleada a lo largo del texto, la que frecuentemente se dirige a sus lectores mediante reflexiones sobre el carácter de los personajes y gestos auto-referenciales que marcan la presencia permanente de la voz narradora (ver por ejemplo página 114 de *Sab*).

En la segunda parte del prefacio, Gómez de Avellaneda vuelve a emplear el auto-desprecio y la modestia fingida al afirmar que ella solo accedió a publicar su novela a instancias de otras personas "inteligentes" que han juzgado bien su obra: son ellos, pues, quienes legitiman el valor estético y público de su obra, no ella. Así, proyecta su agencia literaria hacia afuera; no es ella quien determina si su obra merece publicación, sino otros. Se representa a sí misma, entonces, como dócil y sumisa, no solo reticente sino reacia hacia la esfera pública, repitiendo que publica *Sab* "sin ningún tipo de pretensiones" (97).

En el tercer y último párrafo del prefacio, sin embargo, la autora realiza una operación retórica que contradice todo lo anterior: si en los primeros párrafos niega el contenido político y público de la novela, circunscribiendo la obra a la trivialidad sentimental, aquí reconoce la presencia de ideas políticas en *Sab*:

Acaso si esta novelita se escribiese en el día, la autora, cuyas ideas han sido modificadas, haría en ella algunas variaciones: pero sea por pereza, sea por repugnancia que sentimos en alterar lo que hemos escrito con verdadera convicción (aun cuando ésta llegue a vacilar), la autora no ha hecho ninguna mudanza en sus borradores primitivos y espera que si las personas sensatas encuentran algunos errores esparcidos por estas páginas, no olvidarán que han sido dictadas por los sentimientos algunas veces exagerados pero siempre generosos de la primera juventud. (97)

Aquí Gómez de Avellaneda rechaza sus propias ideas políticas, reiterando el carácter pueril de la primera juventud, precisamente para reconocer su existencia. Se trata de una afirmación marcada por la ambigüedad intencional—nunca precisa a qué se refieren tales ideas—, pero que no obstante deja en claro que no se trata de una simple novela sentimental. Así, la negación sirve como una estrategia de puntualización que permite reconocer su presencia, aunque sin explicar la naturaleza exacta de éstas y dejando su significado abierto a la interpretación de sus lectores.

Una lectura comparativa de *Sab* y *The History of Mary Prince*: representaciones del sujeto/a esclavizado/a y de la esclavitud

Quisiéramos comenzar esta última sección con dos citas claves que a nuestro parecer ejemplifican en forma precisa la aproximación de cada texto a la problemática de la esclavitud. La primera proviene de *Sab* y es quizás la más citada por la crítica feminista, mientras que la segunda es de *Mary Prince*:

¡Oh!, ¡las mujeres! ¡Pobres y ciegas víctimas! Como los esclavos, ellas arrastran pacientemente su cadena y bajan la cabeza bajo el yugo de las leyes humanas. Sin otra guía que su corazón ignorante y crédulo eligen un dueño para toda la vida. El esclavo, al menos, puede cambiar de amo, puede esperar que juntando oro comprará algún día su libertad: pero la mujer cuando levanta sus manos enflaquecidas y su frente ultrajada, para pedir libertad, oye al monstruo de voz sepulcral que le grita “En la tumba”. (*Sab* 270–01)

I fell ill again with rheumatism, and was sick a long time; but whether sick or well I had my work to do. About this time I asked my master and mistress to let me buy my own freedom. . . . I was earnest in my request to my owners; but their hearts were very hard – too hard to consent. Mrs. Wood was very angry – she grew quite outrageous – she called me a black devil, and asked me who had put freedom into my head. ‘To be free is very sweet,’ I said: but she took good care to keep me a slave. (Prince 85–86)

Si en *Sab*, la esclavitud de la raza negra es representada como una condición temporal, cuyo término está al alcance del siervo mediante la compra de su manumisión, en el caso de *Mary Prince* vemos que tal esperanza se convierte en una ilusión lejana y distante de la realidad

(cabe notar que Prince intenta comprar su libertad varias veces, siendo rechazada en cada ocasión, aun cuando cuenta con el apoyo de la Sociedad anti-esclavista)⁶.

A lo largo de la novela, Sab es liberado por sus amos en al menos dos ocasiones: primero cuando le salva la vida a su rival, Enrique, en una tempestad, y en una segunda ocasión cuando la familia de su amo está en Cubitas y se entera de que Sab ha salvado la vida del pequeño nieto de Martina, una campesina patrocinada por la familia de Don Carlos. En ambos casos, empero, Sab prefiere quedarse al lado de su ama Carlota, la hija mayor de Don Carlos de B... “[inclinándose] profundamente a los pies de la doncella y [besando] la delicada mano que se había colocado voluntariamente junto a sus labios” (139). En forma similar, Sab confesa a Enrique, “[d]esde mi infancia fui escriturado a la señorita Carlota: soy esclavo suyo, y quiero morir y vivir en su servicio” (111). Por cierto, tal cita encapsula uno de los ejes centrales de la novela: el amor absoluto e incondicional del esclavo por su ama, un amor imposible que no puede ser correspondido por las divisiones de clase y raza de la época y que solo puede terminar en la muerte del esclavo.

Al mismo tiempo, sin embargo, el amor de Sab por Carlota también refuerza su caracterización como el esclavo dócil, leal y totalmente entregado a sus amos. Esto porque si bien contempla participar en una rebelión mayor—“He pensado también armar contra nuestros opresores . . . arrojar entre medio de ellos el terrible grito de libertad y venganza”—lo considera solo “con tal de llevar a Carlota a mi sepulcro”, no para liberar a los esclavos (209). Y es precisamente por el amor a su ama que termina descartando cualquier acto de rebeldía contra el sistema esclavista, confiándole a Teresa, una pariente de Carlota: “los esclavos arrastran pacientemente su cadena: acaso solo necesitan para romperla, oír una voz que les grite ‘¡Sois hombres!’ pero *esa voz no será la mía, podéis creerlo*” (206–07, énfasis mío). Leído en el contexto de las repetidas rebeliones de esclavos en el Caribe, que aún persistían en el imaginario de los criollos blancos, Sab emerge como la antítesis del esclavo negro rebelde.

En este sentido, las representaciones literarias de Mary Prince y Sab como esclavos obedientes encuentran un punto de convergencia. Al ser patrocinada por el movimiento abolicionista inglés, la redacción de *The History of Mary Prince* debió ajustarse a los requisitos discursivos de éste, suprimiendo así las referencias a rebeliones, fugas de esclavos

y otras estrategias de resistencia como la prostitución, que podían incomodar la moral evangélica del público lector británico abolicionista (Sharpe). Pero si la resistencia y la rebeldía son un tropo predominantemente silenciado en la narrativa de Prince, no están totalmente ausentes de su relato: en una ocasión huye de la casa de su amo Mr. I debido a sus castigos violentos repetitivos, y en otra ocasión resiste los abusos sexuales del amo Mr. D. Eventualmente, las representaciones de resistencia culminan en el clímax de la narración: la huida definitiva de Prince de la casa de los amos Wood en Inglaterra. Sab, en cambio, padece de un amor tan desesperado por su ama que termina apaciguando su deseo de ser libre. Girona Fibla plantea que la pasión de Sab por Carlota lo aísla de la colectividad negra: “su amor desmesurado y el grado de sufrimiento que le provoca lo apartan quijotesicamente de sus semejantes y de la humanidad en general, lo dirigen a una muerte más que segura” (225).

La lectura de Girona Fibla marca otra diferencia clave entre las representaciones de Sab y Prince. Aunque la narrativa de Prince constituye un testimonio de índole personal, a menudo intercambia la voz narrativa personal con la voz colectiva conceptualizada por Susan Lanser, empleando el yo para hablar del nosotros a lo largo del relato. Así, Prince proyecta su experiencia propia para dar voz a los deseos de libertad de todos los esclavos, instalándose frente al público británico no solo para pedir su propia libertad, sino la emancipación de todos los esclavos. Considérense, por ejemplo, la siguiente cita: “In telling my own sorrows, I cannot pass by those of my fellow-slaves – for when I think of my own griefs, I remember theirs” (75).

En contraste, la doble caracterización de Sab como noble salvaje y sujeto romántico inhabilita su posible posicionamiento como líder en una lucha colectiva para la liberación de los esclavos. Por una parte, la representación de Sab como el noble salvaje marca una línea divisoria clara entre él y la masa de esclavos negros que trabajan en los cañaverales del ingenio de Don Carlos. Por ser el hijo del hermano de Don Carlos y una africana de origen real, Sab se desplaza con relativa autonomía dentro del ingenio de su amo (Williams 91). Ocupa el cargo de mayoral, y afirma: “jamás he sufrido el trato duro que se da generalmente a los negros, no he sido condenado a largos y fatigosos trabajos” (109). Aun así, es admirado y respetado por los esclavos de Don Carlos—se habla incluso del esclavo José que es el más “adicto” a Sab (227), una

frase curiosamente repetida en *El reino de este mundo* de Carpentier para referirse al cimarrón haitiano Mackandal.

Pero Sab evita convertirse en un rebelde como el cimarrón haitiano, y habita una esfera distinta a la de los esclavos por haberse criado dentro de la casa de los patrones. Enrique destaca tal caracterización, observando en Sab “un aire tan poco común en [s]u clase” (108), y agregando más adelante, “[n]o tiene nada de la abyección y grosería que es común en gentes de su especie; por el contrario, tiene aire y modales muy finos y aun me atrevería a decir nobles” (128). Carlota igualmente enfatiza la excepcionalidad de su esclavo, asociando su moral y conducta a su cercanía con la cultura criolla blanca: “Sab no ha estado nunca confundido con los otros esclavos . . . se ha criado conmigo como un hermano, tiene suma afición a la lectura y su talento natural es admirable” (128)—una excepcionalidad que Sab internaliza al identificarse como “superior a mi clase por mi naturaleza” (220). Según concluye Lasarte, “Sab es el resultado de ese aprendizaje moral, aprendizaje feliz que hace de él un ser fundamentalmente fiel . . . y que regula su posible rebeldía” (cit. en Girona Fibla 130).

Por otra parte, la construcción de Sab como un sujeto romántico circunscribe la lucha del mulato al ámbito sentimental e individual del amor transcendental. Guerra plantea que Sab concibe su condición de esclavo en términos de la metafísica del romanticismo europeo: que la esclavitud correspondía al orden imperfecto del mundo de los hombres corrompido por la codicia y la avaricia mercantil representadas en los Otway. La trascendencia de tal orden y el retorno al orden divino del mundo natural eran posibles a través del amor, entendido como “una actividad espiritual de seres excepcionales que trascienden la mezquindad del mundo creado por los hombres para retornar a la perfección de los orígenes y enlazarse a Dios” (Guerra 712).

Por consiguiente, la indignación del protagonista contra la sociedad de los hombres “surge en el Sujeto Romántico de Sab únicamente por la imposibilidad de unirse a Carlota y no como un imperativo para modificar el devenir histórico, pues el personaje es, en esencia, un ente sentimental” (712). Así, cuando Sab proclama su anhelo por un mundo de “igualdad y justicia” en su carta a Teresa, se refiere no a la liberación material del esclavo, sino la llegada a una esfera divina en la cual “las almas que en la tierra fueron separadas por los hombres se reunirán en el seno de Dios” (211). Dicho de otro modo, “Sab afirma

piadosamente [en su carta] que los oprimidos no han de actuar sino que han de confiar en que Dios devuelva el trono de la justicia a las ruinas de la antigua sociedad” (Kirkpatrick 149). Su lucha no es histórica ni colectiva, sino metafísica y espiritual.

Quizás otro aspecto de mayor contraste entre *The History of Mary Prince* y *Sab* se encuentre en la representación de los amos: mientras en el primero los dueños de esclavos se asocian con la violencia y el abuso excesivo, en el segundo se caracterizan por la bondad y la generosidad. En el caso de Mary Prince, si bien el relato comienza afirmando la bondad de su primera ama, Mrs. Williams, la abrupta venta de Prince y la disolución de su núcleo familiar dan inicio a una serie de episodios violentos que traen al primer plano la crueldad y brutalidad de los amos. Refiriéndose a su tercer amo, Prince relata: “Mr. D---- has often stripped me naked, hung me up by the wrists, and beat me with the cow-skin, with his own hands, till my body was raw with gashes. Yet there was nothing very remarkable in this; *for it might serve as an example of the common usage of slaves on that horrible island*” (73, énfasis mío). Tal como la última parte de la cita indica, la lógica textual de la narrativa de Prince sigue siendo colectiva, pues al mismo tiempo que describe en detalle los abusos que ella misma sufre, también relata los castigos macabros que otros esclavos como Old Daniel, Hetty, Ben y Sarah reciben de manos de sus amos blancos—relatos que innegablemente llegaron a conmover al público lector británico por su extremo grado de violencia y crueldad.

Si los ejemplos de Prince sirven para dar testimonio del carácter violento y brutal de la esclavitud, tal violencia está prácticamente ausente en *Sab*. Por el contrario, la relación entre amo y esclavo pareciera caracterizarse por el respeto y la felicidad. El retrato de los amos criollos cubanos—representados en Don Carlos y Carlota—está marcado por su naturaleza bondadosa, generosa y desinteresada en el enriquecimiento personal. Don Carlos es descrito como “uno de aquellos hombres apacibles y perezosos que no saben hacer mal” (123), cuya primera preocupación no es hacerse rico, sino cuidar de su familia y velar por su felicidad. Su decisión de manumitir a Sab, adoptar a la huérfana Teresa, rescatar a la india Martina de la pobreza, y su ternura hacia sus hijas refuerzan su imagen de amo bueno. Se trata de un personaje cariñoso y querido por los demás, cuya humanidad es celebrada hasta por sus propios esclavos (146), y contrapuesto, sin duda, al codicioso e interesado comerciante

inglés Jorge Otway, cuyas reacciones violentas e insultos verbales hacia Sab revelan la brutalidad de su carácter (152–53).

De este modo, la novela desplaza la violencia asociada con la esclavitud hacia Jorge Otway (y los ingleses en general), cuyos valores mercantilistas y calculadores sutilmente los equiparan con los traficantes de esclavos denunciados al principio de la novela. El amo cubano y su plantación de azúcar, se asocian, en cambio, con la benignidad, la libertad idílica y la protección paternal, imagen reforzada en la decisión de Carlota de volver a la plantación al final de la novela: “*En Bellavista respiraba más libremente*: sentía su pobre corazón la necesidad de entregarse, y ella le abría al cielo, al aire libre del campo, a los árboles y a las flores” (261, énfasis mío).

Al igual que su padre, Carlota posee muchas de las cualidades del amo bueno: es bondadosa, compasiva e incluso comprometida con la eventual liberación de sus esclavos. Carlota declara, “[c]uando yo sea la esposa de Enrique . . . ningún infeliz respirará a mi lado el aire emponzoñado de la esclavitud. Daremos libertad a todos nuestros negros” (146). La escena en la cual Carlota libera a una mariposa que ha atrapado, para luego encontrarse con el grupo de esclavos que caminan hacia el cañaveral, fortifica la imagen del ama generosa y humanitaria:

Llamóles a todos, preguntándoles sus nombres uno por uno, e informándose con hechicera bondad de su situación particular, oficio y estado. Encantados los negros respondían colmándola de bendiciones y celebrando la humanidad de don Carlos y el celo y benignidad de Sab. Carlota se complacía escuchándoles, y repartió entre ellos todo el dinero que llevaba en sus bolsillos con expresiones de compasión y afecto. Los esclavos se alejaron bendiciéndola y ella les siguió algún tiempo con los ojos llenos de lágrimas. (146)

Según el análisis de Gomariz, la entrega de monedas a los esclavos por parte de Carlota refleja no solo su caracterización como el ama buena, sino también la dramatización de la gradual liberación de los esclavos y su reemplazo por trabajadores asalariados—el eje central del discurso reformista cubano (111). Al mismo tiempo, idealiza el espacio de la plantación al propagar la imagen del esclavo feliz, contento con sus labores y agradeciendo la generosidad de sus amos. Cabe notar que *The History of Mary Prince* también apela a la transformación de los esclavos en trabajadores asalariados pero, a diferencia de *Sab*, denuncia tajantemente el mito del esclavo feliz (94).

Quisiera cerrar esta lectura comparativa con unas reflexiones en torno a la representación de las mujeres negras en *Sab* y *The History of Mary Prince*, pues ésta nos permite problematizar la (in)visibilización de ellas en ambos textos. Por una parte, al ser patrocinada por Thomas Pringle, Prince tuvo muy poco control sobre la representación de sí misma en la versión impresa de su narrativa, debido a las marcadas intervenciones de su editor. En efecto, Pringle configuró la imagen de Prince de acuerdo con los estándares morales del público lector británico evangélico, representándola así como una esclava dócil, piadosa, sexualmente pura y trabajadora. Detrás de la conspicua presencia protagonista de Prince observamos un proceso de traducción y manipulación editorial interesado en moldear la imagen de la esclava según las necesidades retóricas del abolicionismo metropolitano.

Pero, por otra parte, y no obstante la intervención de Pringle, observamos a su vez una serie de sucesos narrativos que traen al primer plano la solidaridad entre las esclavas negras y sus estrategias de resistencia diaria: el apoyo que Hetty proporciona a la joven Prince cuando recién llega a la casa de Mr. I (67); la protección que recibe de su madre tras huir de la casa patronal (71); y los cuidados medicinales que Prince recibe de una esclava anciana cuando está debilitada por el reumatismo (79). De esta forma, aún es posible visualizar los atisbos de una red de protección y la diseminación de sabidurías femeninas que contribuyen a la sobrevivencia y resistencia de las mujeres negras en contextos de esclavitud. Son precisamente estas imágenes las que hacen hincapié en la agencia, colaboración colectiva y resistencia de las esclavas frente a la institución esclavista, fuera esta, o no, la intención de Pringle.

Quizás la mayor diferencia entre *The History of Mary Prince* y *Sab* se encuentre en este punto: si *The History of Mary Prince* está configurada en torno al protagonismo de Prince y otras mujeres negras, la novela de Gómez de Avellaneda se caracteriza por la ausencia de éstas. La única mujer negra nombrada es Belén, la esclava favorita de Carlota, quien es mencionada unas tres veces a lo largo de la novela. Belén informa a Sab sobre los movimientos de Carlota y de algún modo lo protege al pedir a las esclavas no hablar sobre el compromiso matrimonial del ama frente al mayoral (211). Sin embargo, su caracterización está configurada en forma pasiva, pues no habla directamente en la novela, ni ocupa un rol de mayor protagonismo. Aparte de Belén, aparecen unas pocas referencias a “las esclavas”, quienes se desplazan en el

trasfondo del relato limpiando y ordenando la casa (247). Más allá de estas referencias, no hallamos otros ejemplos de presencia de mujeres negras en *Sab*.

La única otra mujer no-blanca en la novela es Martina, la “vieja india” de Cubitas que se convierte en la madre adoptiva de Sab y uno de los personajes femeninos principales de la novela. Algunos críticos han interpretado la figura de Martina como una reivindicación de la historia indígena en *Sab*, destacando su rol en la formación de familias alternativas y su papel como portadora de las historias de resistencia indígena frente a los invasores españoles. Pastor, por ejemplo, sostiene que Carlota adopta la identidad indígena de Martina como una denuncia implícita del genocidio ocurrido en Cuba a raíz de la colonización (cit. en Sommer “White-Out” 246), aunque nos parece que esta conclusión ignora las relaciones de poder en espacios colonizados al no problematizar la apropiación de una identidad indígena de parte de una mujer blanca. Gomariz, por su parte, lee la caracterización de Martina en línea con el Siboneyismo, es decir, una literatura indígena sin indígenas, apoyándose en el “final de la novela de Avellaneda donde los únicos protagonistas que sobreviven son blancos: la indígena Martina y su progeñie, incluido Sab, desaparecen durante el transcurso de la novela” (113).

En forma similar, es importante notar la ambivalencia de la voz autorial de *Sab* hacia la identidad cultural y racial de Martina, pues si por una parte le otorga un cierto grado de protagonismo en la novela, por otra desautoriza su subjetividad al ridiculizar su auto-representación como mujer indígena. Según Don Carlos, Martina “tiene sus puntos de loca” por pretender “ser descendiente de la raza india y por aparenta[r] un aire ridículamente majestuoso” (167). Se podría ligar esta perspectiva solo a la figura de Don Carlos, pero la frase es repetida palabra por palabra por la voz autorial, advirtiendo más aún que el color de la piel de Martina era “todo lo que podía alegar de sus pretensiones de india, pues ninguno de los rasgos de su fisonomía parecía corresponder a su pretendido origen” (176). De ahí prosigue con una larga descripción física de Martina para finalmente enfocarse en el “semblante superlativamente feo” que no obstante se erigía con orgullo (177). Indudablemente, se trata de una representación compleja que no permite establecer equiparaciones simples entre la mujer blanca y la mujer indígena.

Tal vez el mejor indicador de la invisibilización de la mujer negra en *Sab* es la afirmación del propio protagonista: que “ninguna mujer puede amarme, ninguna querrá unir su suerte a la del pobre mulato,

seguir sus pasos y consolar sus dolores" (220). Por cierto, lo que Sab está diciendo aquí es que ninguna mujer *blanca* puede amarlo, pues la posibilidad de enamorarse de una mujer mulata o negra está fuera del rango imaginario de Sab: su objeto de deseo solo puede caer en la figura de Carlota.

Conclusiones

Al igual que otras novelas catalogadas como abolicionistas, *Sab* es publicada en la metrópolis, donde la joven Gómez de Avellaneda ya había recibido un cierto nivel de reconocimiento de la elite letrada española. La obra es prohibida en Cuba por su representación de la esclavitud y descartada por la propia autora al momento de compilar sus *Obras literarias*, unos años antes de fallecer. En el mismo período, sin embargo, la novela es re-publicada por primera vez por un grupo de revolucionarios cubanos exiliados, que encuentran en ella un soporte ideológico para su denuncia a la esclavitud.

Las críticas literarias más recientes de *Sab*, empero, han puesto en cuestión la impronta abolicionista de la novela, argumentando, por una parte, que su representación de la esclavitud concuerda más bien con el pensamiento reformista de la elite criolla cubana y, por otra, que la representación del esclavo sirvió como un vehículo o metáfora para denunciar la esclavitud de la mujer blanca. Estas lecturas feministas, sin embargo, tienden a ignorar el alcance del mensaje feminista en la novela de Gómez de Avellaneda, pasando por alto que la reivindicación de la mujer no se extiende más allá de la mujer blanca y criolla. Una lectura comparativa entre *Sab* y *The History of Mary Prince* da cuenta de algunas de las ambigüedades y tensiones presentes en la primera novela de Gómez de Avellaneda, sobre todo en relación con la representación del esclavo dócil, el amo bueno y el ingenio como un espacio de tranquilidad y paz. Al mismo tiempo, esta lectura da cuenta de la relativa ausencia de la figura de la mujer negra en *Sab*, un tema que no ha sido abordado adecuadamente por la crítica feminista.

NOTAS

* Este artículo forma parte de los resultados obtenidos en el Proyecto Fondecyt 1140745, dirigido por Lucía Stecher Guzmán, Alicia Salomone y Natalia Cisterna Jara.

¹ Basándose en las aproximaciones teóricas de Jürgen Habermas, Nancy Fraser, Pierre Bourdieu y Ángel Rama, Dalleo ofrece la siguiente teorización de la esfera pública caribeña del período de la plantación esclavista: caracterizada por una restringida esfera pública local monopolizada por la clase plantadora y la administración colonial, los textos críticos al régimen esclavista no pudieron ser publicados en el Caribe por el control que estos últimos ejercían sobre la prensa y las pocas editoriales. Por el contrario, el discurso anti-esclavista debió dirigirse obligatoriamente hacia la metrópolis donde se había desarrollado un contrapúblico abolicionista que ofrecía los medios materiales (imprentas, editoriales) y un público lector receptivo que permitían la circulación de ideas contra-hegemónicas. Para ganar acceso y autorizarse en la esfera pública metropolitana, no obstante, los sujetos colonizados provenientes del Caribe debieron contar con la figura de un patrón literario europeo que avalara y legitimara su palabra frente al público lector metropolitano (21–29).

² De acuerdo con las ediciones que conocemos, *Sab* no fue reeditada sino hasta 1871 por Juan Ignacio de Armas en el periódico revolucionario *La América* en Nueva York (nueve números entre mayo y septiembre del mismo año). Cabe señalar que esto ocurre tan solo dos años antes de la muerte de Gómez de Avellaneda y pese a que ella había excluido la novela de sus *Obras literarias* unos años antes (publicada en cinco volúmenes entre 1869-71). Ver Servera 39–40 y 89.

³ Bourdieu define el campo cultural como la red de instituciones, agentes y obras dentro de la cual se producen, publican y difunden obras culturales. Caracterizado por la desigualdad y la exclusión, el campo cultural constituye el conjunto de posibilidades dentro del cual operan los intelectuales, y su entrada se rige por el acceso del escritor al capital (económico, cultural, simbólico, social y lingüístico).

⁴ Según Kelly, Gómez de Avellaneda intencionalmente se demoró en publicar *Sab* con el propósito de condicionar su buena recepción (311).

⁵ Aquí nos referimos a la voz narrativa autorial conceptualizada por Lanser, entendida como la adopción por parte de la escritora de una voz narrativa masculina, omnipresente y extradiegética como estrategia de autorización (16). Gomariz se refiere a la voz narrativa como “la narradora”, pero nos parece una confusión entre el género de la autora y el género de la voz narrativa.

⁶ En esta cita *Sab* seguramente se refiere a la coartación, una ley española que permitía a los esclavos comprar su libertad de sus dueños por un precio fijo. Sin embargo, algunos estudios han señalado la brecha entre lo que estipulaba la ley en teoría y la posibilidad real de que los esclavos en Cuba pudieran comprar su libertad. Ver Méndez Rodenas (166–67) y Knight (130–31).

OBRAS CITADAS

- Bourdieu, Pierre. "The Field of Cultural Production, or: The Economic World Reversed". *The Field of Cultural Production: Essays on Art and Literature*. Ed. Randal Johnson. New York: Columbia UP, 1993. 29–73. Impreso.
- Carpentier, Alejo. *El reino de este mundo*. Santiago: Universitaria, 2006. Impreso.
- Childs, Matt D. "Sewing' Civilization: Cuban Female Education in the Context of Africanization, 1800-1860". *The Americas* 54.1 (1997): 83–107. JSTOR. Red. 28 jul. 2014.
- Davies, Catherine. "Founding-Fathers and Domestic Genealogies: Situating Gertrudis Gómez de Avellaneda". *Bulletin of Latin American Research* 22.4 (2003): 423–44. JSTOR. Red. 1 oct. 2014.
- Dalleo, Raphael. *Caribbean Literature and the Public Sphere: From the Plantation to the Postcolonial*. Charlottesville: U of Virginia P, 2011. Impreso.
- Edmondson, Belinda. *Making Men: Gender, Literary Authority, and Women's Writing in Caribbean Narrative*. Durham: Duke UP, 1999. Impreso.
- Figarola Caneda, Domingo. *Gertrudis Gómez de Avellaneda: biografía, bibliografía e iconografía, incluyendo muchas cartas, inéditas o publicadas, escritas por la gran poetisa o dirigidas a ella, y sus memorias. Notas ordenadas y publicadas por Emilia Boxhorn*. Madrid: Industrial Gráfica, 1929. Biblioteca Digital Hispánica. Red. 19 feb. 2015.
- Girona Fibla, Nuria. "Amos y esclavos: ¿quién habla en *Sab* de Gertrudis Gómez de Avellaneda?" *Cuadernos de Literatura* 17.33 (2013): 121–40. Red. 14 ene. 2015.
- Gomariz, José. "Gertrudis Gómez de Avellaneda y la intelectualidad reformista cubana. Raza, blanqueamiento e identidad cultural en *Sab*". *Caribbean Studies* 37.1 (2009): 97–118. JSTOR. Red. 1 oct. 2014.
- Gómez de Avellaneda, Gertrudis. *Sab*. Ed. José Servera. 8th ed. Madrid: Cátedra, 2009. Impreso.
- Guerra, Lucía. "Estrategias femeninas en la elaboración del sujeto romántico en la obra de Gertrudis Gómez de Avellaneda". *Revista Iberoamericana* 51 (1985): 707–22. Red. 13 feb. 2015.
- Kelly, Edith L. "La Avellaneda's *Sab* and the Political Situation in Cuba". *The Americas* 1.3 (1945): 303–16. JSTOR. Red. 10 jul. 2011.
- Kirkpatrick, Susan. *Las Románticas: Escritoras y subjetividad en España, 1835-1850*. Madrid: Cátedra, 1991. Impreso.
- Knight, Franklin W. *Slave Society in Cuba During the Nineteenth Century*. Madison: The U of Wisconsin P, 1970. Impreso.
- Lanser, Susan Sniader. *Fictions of Authority: Women Writers and Narrative Voice*. Ithaca: Cornell UP, 1992. Impreso.
- Méndez Rodenas, Adriana. *Gender and Nationalism in Colonial Cuba: the Travels of Santa Cruz y Montalvo, Condesa de Merlin*. Nashville: Vanderbilt UP, 1998. Impreso.

- Pastor, Brígida. *El Discurso de Gertrudis de Gómez de Avellaneda: Identidad femenina y otredad*. Alicante: Cuadernos de América Sin Nombre/Universidad de Alicante, 2002. Red. 14 ene. 2015.
- Prince, Mary. *The History of Mary Prince, A West Indian Slave. As Related by Herself*. Ed. Moira Ferguson. Ann Arbor: U of Michigan P, 1997. Impreso.
- Servera, José. Introducción. Gertrudis Gómez de Avellaneda. *Sab*. Ed. José Servera. 8th ed. Madrid: Cátedra, 2009. 9–93. Impreso.
- Sharpe, Jenny. *Ghosts of Slavery: A Literary Archaeology of Black Women's Lives*. Minneapolis: U of Minnesota P, 2003. Impreso.
- Sommer, Doris. *Ficciones fundacionales: las novelas nacionales de América Latina*. Trad. José Leandro Urbina & Ángela Pérez. Bogotá: Fondo de Cultura Económica, 2004. Impreso.
- . “White-Out: Erasing Sab from her Life's Work”. *Romance Studies* 32.4 (2014): 245–58. Red. 2 marzo 2015.
- Williams, Lorna Valerie. *The Representation of Slavery in Cuban Fiction*. Columbia: U of Missouri P, 1994. Impreso.

Keywords: *Sab*, literary public sphere, slavery, Mary Prince.

Palabras clave: *Sab*, esfera pública letrada, esclavitud, Mary Prince.

Fecha de recepción: 1 junio 2015

Fecha de aceptación: 2 noviembre 2015

Copyright of Revista de Estudios Hispánicos is the property of Washington University and its content may not be copied or emailed to multiple sites or posted to a listserv without the copyright holder's express written permission. However, users may print, download, or email articles for individual use.